

Frente libertario

ORGANO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Madrid,
24 de mayo
de 1937

Número 179

editado por el comité de defensa - región centro

LOS MONOPOLIZADORES DE ALTOS CARGOS Y LOS QUE TODO LO DIERON A LA REVOLUCION

Otra vez se pone sobre el tapete el viejo tema de la divergencia existente entre los partidos políticos y las organizaciones sindicales. Y lo ponen, no los representantes de éstas, eliminados de un Gobierno formado única y exclusivamente por los partidos, sino los redactores de un diario que defiende la política del socialismo reformista. Trata, como es su obligación, de defender al actual Ministerio. Y no encuentra manera más hábil que resucitar el viejo fantasma, creado por ellos, de un supuesto Gobierno sindical. A su tiempo, con energía y claridad, hubimos de cortar el paso a la torpe patraña a cuyo amparo, como más tarde hemos podido comprobar de manera fehaciente, se forjaban planes nada claros ni limpios. Todos quedaron entonces convencidos; nadie, públicamente al menos, se atrevió a sostener una posición contraria. Pero ahora, cuando al parecer no se encuentran mejores argumentos para defender una maniobra que ha quedado demasiado al descubierto, se recurre al viejo espantapájaros, merced al cual se logró algo cuyas consecuencias no han de ser, lógicamente, satisfactorias para nadie.

Podrá hablarse cuanto se quiera—si otra cosa más útil no se tiene que hacer—de un proyectado Gobierno sindical que no se abrigó en la mente de ningún militante de la U. G. T. ni de la C. N. T. Pero la realidad indudable e indiscutible es que si no se ha formado ese Ministerio, si no lo pretendido nadie, en cambio se ha constituido un Gabinete formado exclusivamente por los partidos políticos. Con los mismos partidos políticos que gobernaron hasta el 19 de julio. Sin todos los partidos políticos que, integrando el Frente Popular, triunfaron en las elecciones del 16 de febrero, porque algunos de ellos—por causas que ni nos preocupan ni nos importan—han quedado al margen del conglomerado ministerial. Los excluidos no han sido, como se pretendía insinuar con el famoso bulo del Gobierno obrerista, los partidos políticos. Los excluidos han sido las organizaciones sindicales que controlan nada menos que cinco millones de trabajadores españoles. Y no se hable, para intentar restar méritos al número, de los carnets nuevos. Desde el 19 de julio a la fecha, quienes en proporción han visto aumentar en mayor escala el número de sus afiliados, no han sido las dos centrales sindicales, sino los partidos políticos. Públicamente ha dicho una y otra vez el Partido Comunista que sus adheridos han pasado en pocos meses de treinta o cuarenta mil a trescientos mil; otro tanto han hecho las Juventudes Socialistas Unificadas. Luego son los partidos quienes menos derecho tienen a hablar de carnets flamantes, cuando flamantes y nuevos son los de la inmensa mayoría de sus afiliados.

Mal está, evidentemente, que una maniobra política—que algún día tendremos que calificar adecuadamente—haya derribado un Gobierno en que todos estábamos representados. Peor es aún que aquel Ministerio se haya querido sustituir por otro en el que no participan ni la Unión General de Trabajadores ni la Confederación Nacional del Trabajo. Pero todavía resulta menos admisible que se pretenda presentar todo esto como una maniobra nuestra contra los partidos políticos, cuando son éstos—como alguno de ellos ha tenido el cinismo de confesar y reconocer—los autores de todo el juego político del más viejo estilo que ha culminado en la formación de un Gobierno de tipo eminentemente político, en el que no cuentan para nada los trabajadores auténticamente revolucionarios. Esos, los que han hecho todo esto, son los interesados en dividir. Son, quierase o no, los que ponen en peligro la victoria frente al fascismo en armas.

No sabemos cuál será la obra del actual Gobierno. No nos interesa analizarla aquí, aunque fuera conveniente que todos parásemos nuestra atención en las últimas declaraciones del doctor Negrín respecto a la Iglesia Católica y a la libertad de cultos. Pero si queremos hacer resaltar que en los frentes, luchando contra el enemigo, igual que antes en el asalto a los cuarteles sublevados, no hemos visto nunca a ningún personaje político. Vimos, sí, a los líderes sindicales que a veces—como Ascaso, Durruti, Mora, Senderos, Arenas, etc.—murieron disparando sus fusiles contra el fascismo. Tampoco los vimos en los frentes de trabajo de la retaguardia. Ni uno solo de ellos estropeó sus delicadas manos fabricando material de guerra o poniendo en producción los campos abandonados. Sólo pudimos verles en los lugares cómodos, en los puestos tranquilos, en los escenarios y ante los micrófonos. Muchos de ellos huyeron al extranjero. Otros, ni siquiera volvieron por España desde el comienzo de la subversión. Ningún trabajo nos costaría dar sus nombres. Y menos decir que el nombre de alguno de estos valientes de Londres o Nueva York suena mucho estos días para ocupar un magnífico puesto de relumbrón.

¿Puede compararse la obra de los partidos políticos y la de las organizaciones sindicales en la guerra y en el trabajo, en la lucha de los frentes y en la tarea ingente de la Revolución transformadora? Evidentemente, no. Tendrán más puestos destacados; bullirán y figurarán más los primeros. Pero cuando se trata de una obra seria, cuando se trata de una labor eficaz, allí está siempre el nombre de la U. G. T. o de la C. N. T. No necesitamos argumentar mucho para probar esta verdad. Los trabajadores que están en las fábricas o en los campos pueden contestar respecto al panorama que ante sus ojos tienen; los compañeros que están en los frentes pueden contestar también.

Nosotros, aunque sabíamos todo esto, aunque pudimos constatar el fracaso estrepitoso de los partidos políticos desde el 16 de febrero al 19 de julio, no pretendimos nunca un Gobierno exclusivamente sindical. Los señores políticos han pretendido y logrado lo contrario. ¡Allá ellos con su responsabilidad! Nosotros, los trabajadores españoles, seguimos serenos y firmes nuestro camino. Y al final veremos quién tenía razón. Si los monopolizadores de altos cargos o quienes lo son todo en la guerra, en el trabajo y en la Revolución.

Vicente Rojo, padre de victorias

El coronel Vicente Rojo, el hombre que se encargó de la Jefatura del Estado Mayor del Centro en los días torvos de noviembre, cuando sobre Madrid se lanzaba en tromba la avalancha de los mercenarios que citaban todas sus ilusiones en una entrada triunfal, a tambor batiente y banderas desplegadas en la capital de España, ha sido llamado a la Jefatura del Estado Mayor de todas las fuerzas leales.

Ascenso merecido; ascenso que no ocasionará reveses, porque en el camarada Rojo se unen la capacidad y la voluntad en alianza prometedora de éxitos seguros. Y, sin embargo, a los que sentimos Madrid, a los que hemos vivido de cerca sus horas trágicas y heroicas, nos duele el alma. Se va el cerebro y el corazón de la defensa de Madrid. Se va el hombre que de la nada, de unas fuerzas que sólo tenían corazón, que sólo podían morir como héroes, ha hecho tropas firmes, ha levantado esta muralla indobable que hoy circunda Madrid y contra la que se estrellan una y otra vez los desesperados ataques de los que hicieron traición a su juramento de lealtad.

Y, sin embargo, sabemos también que Rojo sabrá cambiar el rumbo de todo lo que va mal; sabrá enderezar todo lo que está torcido, que no es poco; sabrá lanzar a las tropas leales a la ofensiva intensa que ha de conducirnos, irremisiblemente, a la victoria final y rotunda a que el pueblo español tiene derecho. A esa victoria por la que tanta sangre se ha derramado y tantos sacrificios se han realizado.



Del 9 largo

Hemos visto un semanario muy «gra-ci-oso» que se edita en el lugar donde aparecían «Yan» y «El Debate». Y la verdad. Es muy «gra-ci-oso». «Gra-ci-oso», como dice la cartilla del camarada Jesús, el ministro.

Son tan delicados los asuntos que trata este «gra-ci-oso» semanario, están tocados con una finura y un ahumado tan profundo, que nos recuerdan las inefables páginas del «Yan» beatífico y picaresco.

Desde luego, nos estaba haciendo falta un semanario de la envergadura y mérito humorístico del que se edita en los antiguos talleres de «Yan» y «El Debate».

Le deseamos larga vida e inagotable humor al «gra-ci-oso» semanario para solaz y risa de sus seguros 300.000 lectores. ¿No son 300.000?



Nuestro coche repartiendo FRENTE LIBERTARIO

LA INCOGNITA

¿SE DECIDIRAN AL FIN A VER CLARO?

No queremos pasar inadvertido el perfil del día, en orden a la importancia que tiene la reunión que hoy se celebra en Ginebra.

Han ocurrido tales cosas, son tan esenciales las aportaciones testificales que nuestro delegado del Gobierno en la citada conferencia llevará sin duda alguna al conocimiento de los reunidos, que, seguramente, el pesimismo que siempre distinguió las resoluciones del organismo internacional, se convertirá en el necesario optimismo que lleva consigo la razón y la justicia.

El bárbaro y salvaje bombardeo de Guernica, el testimonio de ese aviador alemán apresado en las faldas del Bizcardi, los bombardeos a plazas francesas, la persecución de barcos de distintas nacionalidades en aguas que no son ni pueden ser jurisdiccionales, el frustrado bloqueo de Bilbao, no tienen más remedio que pesar sobre la ecuánime disposición de Delbós y de Eden, en el sentido de una necesaria sanción.

La hora de hablar con extrema claridad aparece en el reloj internacional de una manera expeditiva. No valen ya subterfugios ni encocramientos protocolarios.

El perfil de este día acusa una necesaria sinceridad en todos, para que de una vez se delimite la certeza de la justicia que nos acompaña en esta guerra de invasión, en la que nuestra independencia se ve seriamente amenazada por la injerencia de potencias abusivas que hacen del derecho un mito y de todos sus compromisos internacionales una seria violación.

En este campés de espera, no nos queda otro camino que confiar en el imperio de la verdad.

Ha llegado el instante preciso en que el pueblo español debe ser atendido en toda la magnitud de su razón, en contra de esa taifa de advenedizos detentadores de un poder falso.

La incógnita, que hasta encubría las falsas posiciones de las democracias acomodaticias, se va a poner en claro de un instante a otro.

Esperemos, pues, en las noticias que hoy se reciban de Ginebra, en la seguridad de que—no puede ser de otro modo—resplandecerá, ya sea por una sola vez, el sol de la justicia a favor de este pueblo que supo hacer de la defensa de su libertad un verdadero culto.

No puede ser de otra forma. Alertas todos ante el peligro que supondría cualquier claudicación más, que no tememos, pero que estaríamos dispuestos a rechazar con la violencia

de nuestros propios medios. Ha corrido tanta sangre en el suelo español que cualquier burla más no tendría cabida en la capacidad resignada y sufrida de los defensores universales de un poder ruín que amenaza egolátricamente con absorber todas las civilizaciones.

La batalla que hay se libra en Ginebra puede ser decisiva para el curso de nuestra Historia. No nos dejemos llevar de nuestros impresionismos fáciles ni de un derrotismo que traería aparejado muchos males. Confíemos, repetimos, en que la voz de España se dejará oír clara y tremante ante las cancellerías extranjeras que hasta ahora parece que no pararon mientes en el derecho que indudablemente nos asiste.

Arconada y la Juventud

Después de mí... el diluvio. Esa es la idiosincrasia más íntima de los que se han encaramado al frente de «usas» juventudes. Y ellos, cerrando los ojos a toda realidad, afirman una y otra vez que nadie protesta contra los acuerdos de la organización que tan perfectamente han logrado controlar; y dicen, con una sencillez encantadora, a todo el que lo quiere oír o lo quiere leer, que ellos han hecho la unidad de la juventud madrileña. Así, como el que lava, una unidad elaborada a brazo de toda la juventud... de toda la juventud que está dispuesta a aceptar al primero que se erija a sí mismo en jefe por los méritos contraídos en los días (en los pocos días, si es que fueron alguno) en que lucharon heroicamente en las trincheras de la libertad.

Pese, pese el camarada Arconada sus palabras y el alcance de las mismas. Y piense que en Madrid más de uno—y más de mil—ha dicho que los acuerdos de la famosa Conferencia de Valencia van contra los intereses de la juventud en armas. Y que en cuanto a la realización de la unidad de las juventudes madrileñas, aún queda, por desgracia, bastante camino que recorrer.

Y que nadie olvide que, además de él y sus amigos de «peñan», quedan todavía por las trincheras de España algún que otro joven que se está jugando limpiamente la vida, con la esperanza de un futuro mejor.

frente libertario

ÓRGANO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Redacción y Admón.:
Comité de Defensa
(Sección de Propaganda)
Serrano, 111.-Tel. 58653

● MALAGA ●

Nuevamente ha saltado a la actualidad periodística el nombre de Málaga; y lo hace con motivo de la depuración de las responsabilidades que de su caída hubieran podido derivarse para lo concerniente al departamento de Justicia.

Ante lo escueto del telegrama de la agencia periodística, surge el comentario. Ha sido el ministro de Justicia actual, Irujo, quien anuncia esa depuración de responsabilidades. Ha tenido que ser Irujo, a estas alturas, y para lo dependiente de su departamento, quien parece que se ha tomado en serio la caída de Málaga. Y, además, nos encontramos sólo ante un anuncio.

Pero entendemos que, aunque tenga mucho interés depurar las responsabilidades de ese departamento, lo tiene mucho mayor depurar las de otros departamentos que también tuvieron una intervención mucho más vital en la pérdida de la ciudad mediterránea. Es posible que en Justicia tengan alguna ligera relación con las cosas y los asuntos de Guerra. Pero es mucho más seguro que sea en los ministerios de la Guerra y de Marina, en el hoy ministerio de Defensa Nacional, donde pueden encontrarse los responsables de aquella pérdida. Donde pueden y deben encontrarse, pues nosotros no podemos admitir en ningún momento que sobre la traición se pretenda lanzar el velo del tiempo, que todo lo hace olvidar.

Bien, muy bien, que en el departamento de Justicia se hagan las correspondientes investigaciones para tratar de sancionar debidamente a los que, de una u otra manera, intervinieron con su actuación en la caída de Málaga. Pero nos parecería mucho mejor que esas responsabilidades se iniciasen, rápida y enérgicamente, en aquellos otros ministerios y funcionarios de ellos dependientes que se relacionen directa e inmediatamente con los asuntos de guerra.

Porque si para comprar carbón las buenas mujeres del pueblo acuden a las carbonerías, para encontrar a los responsables de una derrota guerrera será también bueno que se busque entre los que en la guerra intervienen. Otra cosa sería tanto como pretender comprar carbón en una tienda de artículos fotográficos. Y eso, no sabemos que se le haya ocurrido todavía a nadie. Al menos, a nadie a quien sus semejantes sigan considerando persona cuerda y en sus cabales.



Unidos venceremos

Estamos derrochando energías en un clamoreo incesante de protestas de amistad, de afirmaciones de concordia, de incitamientos a la unión de todos los antifascistas, y de pronto una ráfaga de odio siembra la muerte entre aquellos hombres más representativos de la opinión pública y todo parece querer rodar por la sima abierta en nuestras laudables intenciones.

Convendría, por lo tanto, moderar el clima tórrido que hemos permitido se instale en la retaguardia, alentado por nuestras excesivas calorías de gastadores de pólvora, y decir a cada momento la palabra elegida, verdadera y cordial que lleve a todos los espíritus el apaciguamiento deseado. O más bien, indagar en los secretos designios de aquellos islotes de ciudadanos que aún mantienen actitudes equivocadas, cual es su posición última, y obligarles a mantenerla o rectificarla si ello es conveniente a la tranquilidad general.

Hemos de entregarnos con más decisión y con menos palabras a la labor depuradora de los elementos provocadores que infectan la retaguardia y que amenazan dar al traste con la Revolución. Esta no debe permitir que nadie discrepe en su conducta de las disciplinas ciudadanas que a ella le son vitalmente necesarias. Hágase cada cual la ilusión que quiera, respecto a un porvenir más o menos lejano, en el recato de su hogar; pero cumpla fielmente en las relaciones públicas con el respeto y consideración que se debe a quienes están juzgándose la vida por algo que ellos mismos han deseado para todos.

Que no se oculte nunca a nuestras miradas interiores el gran cuadro trágico de nuestra defensa, la actitud callada y actuante de los combatientes, el tesón con que éstos se sienten clavados a la tierra, y su moral, cada vez más alta, a medida que ante ellos arrecian los obstáculos.

Tendamos a alcanzar una situación

de luchadores de reserva, alineados en vastos contingentes, dispuestos a morir también por este ideal que no en vano proclamamos.

Todas las vicisitudes por que actualmente pasa nuestra guerra de independencia y todos los pequeños incidentes de que a diario está salpicada nuestra crónica, que ha de llenar capítulos relevantes en el libro de la Humanidad, son auscultados atentamente por la opinión ajena, son seguidos con ánimo conmovido por nuestros hermanos de otras tierras que esperan no se defrauden las últimas esperanzas de redención que en nosotros tienen depositadas.

Vayamos a descubrir al mundo entero, que tantas sorpresas está recibiendo de un pueblo hasta ahora menospreciado, que no somos los continuadores de aquellos españoles belicosos, cuya hirviente acometividad ha sembrado la Historia hispánica de cruentas luchas intestinas. Que una raza nueva, compuesta de seres libres y verdaderamente humanos, se está gestando aquí con el sacrificio igualmente compartido por todos los que desean ese alumbramiento glorioso.

Hagámonos dignos, por lo tanto, de la misión que el Destino nos ha encomendado; dando al olvido todas nuestras banales rencillas y por encima de los vivos que a nuestra costa pretenden especular y ante el recuerdo de los que a cada momento caen por nosotros, estrechémonos en un abrazo fuerte e indisoluble, como supervivientes de una misma catástrofe, a los que el temor de que se repita las hace afinar los instintos para la defensa común.

Copiamos de «Juventud Libre»:

«CON LOS ANARQUISTAS SE PUEDE GOBERNAR; SIN LOS ANARQUISTAS SE PUEDE GOBERNAR; CONTRA LOS ANARQUISTAS NO HAY SER HUMANO QUE GOBIERNE.»

J. S. U.

Al «patroncito» de los Jóvenes Unificados le ha sentado malísimamente que determinados sectores de «una» organización se muestren disconformes con la actuación de los directores de la misma y con los rumbos políticos que han imprimido. Y claro, inmediatamente ha lanzado el anatema. Los que protestan no son «demócratas»; los que no se conforman con las arbitrariedades «violan las líneas», y los que manifiestan su desacuerdo con actuaciones personalistas son, por ahora, unos divisionistas indecentes y, caso de que persistan con firmeza en su actitud, pronto engrosarán las filas de los «incontrolables», de los «provocadores» y de la «quinta columna».

Desde luego, no vamos a meternos en asuntos que nos son totalmente ajenos. Pero sí queremos decir que ya sería hora, que ya ha llegado el momento oportuno en que se respete «un poco, aunque no sea mucho», la opinión y la manera de pensar y de querer de todos aquellos jóvenes que en los frentes de batalla están revalidando, a costa de su sangre, su derecho a voz y voto. Y eso, aunque tales jóvenes entiendan poco de política y no concurren demasiado asiduamente a los congresos y conferencias que tan profusamente se celebran en la dulzura blandengue de las «grandes retaguardias».

De esas retaguardias que se bañan cada día en las aguas azules y cariñosas del incomparable Mediterráneo.

El estatismo y la estática

Entre los hombres que ocupan hoy los puestos más destacados de la gobernanación del país existe muy difundida una idea que ya ha saltado a las columnas de la Prensa diaria: que en España no parece lógico que se produzcan grandes cambios, como no sea por vía democrática.

Y nosotros creemos que esa posición de quietismo ante el futuro que se presenta ante los ojos del proletariado español, no es más que una consecuencia del quietismo en que siempre han vivido los hombres que han formado su mentalidad dentro de los despachos del Estado, en los que se fraguaban las soluciones ficticias de los grandes problemas vitales que se presentaban ante la nación. El Estado tiende a lo inmutable y los estadistas tienden a la estática. Eso es evidente.

Pero los pueblos son esencial e íntimamente dinámicos. Los pueblos quieren realidades en lugar de buenas palabras, y prefieren un hecho a cincuenta promesas. Y cuando un pueblo vence en una lucha tan gigantesca como la que está llevando a cabo el pueblo español, no parece probable que se conforme con un «aquí no ha pasado nada» y seguir tolerando que sus hijos no pasen de ser un canchón más de los muchos que giran engarzados en la rueda gigantesca y dominadora del Estado.

En contra de lo que opina y cree el Excelentísimo Señor Presidente del Consejo de Ministros, Doctor Negrín, nosotros creemos que en España habrá cambios, y grandes. El pueblo ha derramado demasiada sangre para que las aguas de la política nacional, una vez pasada la tempestad, vuelvan al cauce del cual las sacaron los sublevados de julio. El pueblo quiere cambios, quiere justicia, quiere libertad. Y mucho nos equivocamos o tendremos lo que quiere. Porque sabe lo que quiere y lo quiere enérgicamente.

En cambio estamos de acuerdo en que el procedimiento será democrático. Auténtica y verdaderamente democrático. Un procedimiento en el que es seguro que las intrigas políticas y las actuaciones de camarilla quedarán totalmente desplazadas ante la opinión y la voluntad profunda y exacta del pueblo que, a costa de tantos sacrificios, ha revalidado su decisión de decidir sus destinos.

A LOS QUE SON TAN AFICIONADOS A HABLAR DE SUS HOMBRES EN LOS CAMPOS DE BATALLA, LES PREGUNTAMOS:

¿NO SERIA CONVENIENTE, PARA VOLVERLOS A LA REALIDAD, QUE HICIESEN UN RECUENTO, AUNQUE FUESE POR ENCIMA, DE CUANTOS LUCHADORES DE LAS TRINCHERAS PERTENECEN A LOS PARTIDOS POLITICOS, Y CUANTOS A LAS SINDICALES OBRERAS?

FLECHAZOS

El sol no ha salido aún cuando, para relacionarnos con los nuestros, hemos emprendido la marcha.

Delante de nosotros va un grupo de fortificadores que al cruzar la Colonia del Metropolitano cogen rosas, y todos, todos, excepción hecha de un anciano que lleva un pico al hombro, han cogido la suya. Y—¡coincidencia sublime!—todos han elegido el color más subido, más vivo: el rojo. ¿Por qué el rojo? ¿Qué le dirá al moralbete que lleva a la espalda un pico y de contrapeso en el pecho una pala? ¿Qué le dirá la rosa roja que lleva entre los dedos de la mano derecha y mira y besa de vez en vez? ¿Qué le dirá?

Para este joven imberbe la rosa que lleva en la mano es algo más que un conjunto de pétalos. ¿Qué serían las rosas, y sobre todo las rojas, para el adinerado que el día antes del 19 de julio vivía en el hotel del que el joven obrero ha cogido su rosa? A la derecha del hotel, una acacia, con su ramaje en tierra y su sangre lúgubre, denuncia al mundo la barbarie fascista.

El joven arroja el pico y la pala, y a dos pasos del tajo, sobre su americana raída, pone su rosa que tapó con el diario «La Libertad». ¿Para quién? ¿Para la moza que le espera al regreso? ¿Para la madre que con el corazón al rojo piensa y piensa si el plomo de la traición podrá roarlo?

El joven trabaja con su pico y al hacernos paso nos suelta un «salud, compañeros» que nos llega al alma. Y nuestra alma, como antena llena de deseos y muy bajito para que el censor no se entere, repite y repite este es español, este es de los nuestros, este es apolítico.

Y a diez metros «El Clínico» que

pudo ser templo de la sabiduría, que pudo ser término de dolores, es reflejo de la «civilización» fascista, montón de ruinas.

Y nuestros compañeros, ¡nuestros hijos!, los hijos del pueblo, enseñando a los mercenarios de Mola, al lastre de Alemania e Italia, las bocas de nuestras máquinas...

Nuevo Catecismo

- ¿Sois cristiano?
- Sí, por la gracia de la autoridad competente.
- ¿Qué quiere decir cristiano?
- Hombre que tiene la fe de Cristo y un carnet de la J. S. U.
- ¿Qué quiere decir Jesús?
- Salvador. Y otras veces, hombre propicio a ser ministro.
- ¿De qué nos salvó?
- De nuestros pecados de contumaces fascistas.
- ¿En cuántos días hizo Dios el mundo?
- En una sola edición con varias consignas.
- ¿Qué hizo primeramente?
- Primero hizo la luz. ¡Tonto que era el muchacho! Luego el sol, la luna y las estrellas. (Léase cargos públicos y retribuidos y puestos de mandos.)
- ¿Qué entiendes tú por la Santa Misa?
- Un sacrificio impuesto por Manolo Irujo.

DURANTE LOS DIAS DE JULIO EL ORDEN PUBLICO ESTABA EN LA CALLE Y NINGUN POLITICO SE ATREVIA A PRETENDER ALCANZARLO. PERO EL PUEBLO, MAS VALIENTE, LO RECOGIO DEL ARROYO Y-LO DEVOLVIO A SU SITIO. Y ENTRE AQUELLOS HOMBRES DEL PUEBLO, HABIA MUCHOS, MUCHOS ANARQUISTAS.

Trabajadores:

Leed todas las noches

“CNT”